

Mención “...NI VIRTUD CON IMPIEDAD”

GÉNERO ARTÍCULO:
Miguel SALUDES

CUANDO OSWALDO PAYÁ SARDINAS RECIBIÓ el premio Sajarov en el Parlamento Europeo, el finalizar su discurso de aceptación dedicó el galardón al Señor de la Historia, deseando una feliz Navidad a los que escuchaban sus palabras. Algunos parlamentarios se acercaron para felicitarle por el discurso y por haber tenido la “valentía” de mencionar a Dios en el seno político del Viejo Continente, teniendo en cuenta además las Navidades en su carácter religioso.

En nuestros días hablar de Dios se puede tornar en inconveniente. Quien utiliza el lenguaje cristiano puede causar curiosidad en ambientes donde este tema queda remitido al ámbito de los templos. Los que se remiten a Dios en los actos de sus vidas, si bien no son declarados locos, pasan a formar parte de los ingenuos del planeta. Lo pragmático y lo material forman la base sustancial del mundo de hoy. Para los que así piensan, Dios queda fuera del contenido de estas virtudes prácticas.

La frase “no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad” que el Padre Félix Varela nos legara, ha sido empleada por varias generaciones de cubanos con independencia de su pensamiento. Muchos han utilizado la primera parte de la frase, obviando la segunda. La prensa nacional y los diferentes textos acuden prolíficamente a esa primera parte de la cita, manipulando de alguna manera el pensamiento del Padre Varela. Es curioso que quienes hacen esto coincidan en hacer énfasis en la imagen patriótica del formador de la base de nuestra identidad nacional, omitiendo su personalidad sacerdotal.

En el 150 aniversario del fallecimiento del Siervo de Dios cubano, la proclamación de la Carta Pastoral “No hay Patria sin virtud” ha sido importante al recuperar esa doble dimensión del pensamiento de Félix Varela. La Patria necesita de la virtud, y Dios tiene que hacerse presente en esa virtud para la mejor realización de la Patria.

La virtud, entendida como una suma de valores integrales, es imprescindible para la formación y desarrollo de una conciencia nacional. Sin virtudes, es difícil construir una Patria digna. En esto coinciden hasta los que dicen carecer de creencias religiosas. El problema se presenta en el otro enunciado, generalmente ignorado. Y es que, aunque complemento de la virtud, la piedad resulta una palabra comprometedoras y que es relativizada por los no creyentes. La impiedad o la falta de referencia al Creador, de acuerdo al lenguaje utilizado por Varela en su época, nos indica que sin la existencia de una conexión con Dios o con la fe no existe verdadera virtud. En el marco histórico en que vivimos, donde la ausencia de Dios se hace normal, donde la fe es prescindible y concerniente al ámbito de lo privado, tanto que apenas se hace visible, hasta en la misma Iglesia ha sido omitida esta parte de la reseña. Pudiera ser por acortar la frase o para no herir susceptibilidades de aquellos a los que la palabra de Dios no les dice nada.

Si realmente aplicamos el sentido de lo que quiso significar el Siervo de Dios cubano, la frase completa tiene vigencia plena. La persona puede tener valores propios, como son la honestidad, la justicia, la solidaridad, la fidelidad, etcétera. Pero cuando estas normas de vida se fundamentan desde la fe en Dios, adquieren una plenitud mayor –me atrevería a decir toda su plenitud. Y no me refiero a la creencia mediocre de los que predicán o exhiben signos de la fe, pero en su vida no los practican, haciendo nulo testimonio de lo que dicen creer. No tiene que ver con la fe hueca sin obras de la que nos advertía San Pablo en Romanos.

Los cristianos están llamados a anunciar a Cristo y al Evangelio a tiempo completo. Es bueno vivir la contemporaneidad haciendo presente la realidad de Cristo. No debe causarnos malestar advertir que una virtud vacía de Dios está en peligro, porque estamos poniendo a nuestra sociedad de frente al anuncio del Salvador.

El llamado a convertirse y creer en el Evangelio no debe ser visto como imposición. Es una revelación que respeta la libertad del otro y le confronta con una decisión poco reconocida en nuestros días. Por eso hay que recuperar la expresión varelista en todo su contenido. Hace falta la virtud para tener una nación sana, pero la presencia de Dios en esa sociedad es también necesaria.

No debemos quedar conformes solo con la recuperación de la frase entrecomillada. Hay que recuperar todo el pensamiento del que escribió las *Cartas a Elpidio*. En este libro, donde aparece la frase referida, Félix Varela hace un enfoque de los conceptos de la impiedad y la superstición. Era el tema que más le preocupaba al formador cubano sobre la juventud de su época. El alejamiento y la ignorancia de Dios, así como la caída en falsas creencias. ¿No es este también el cuadro de nuestra realidad? En el epistolario que conforma el volumen, Varela advierte a los jóvenes sobre el mal de la ignorancia que da acceso a la tiranía. La cercanía y el conocimiento de Dios, que es libertador, nos rescata de esa ignorancia para hacernos libres. Nos dice que los poderes arbitrarios se sostienen sobre la base de la impiedad y de la superstición. Si aplicamos esta aseveración, vemos que el totalitarismo en sus diversas vertientes suprime a Dios a través de tesis materialistas o manipula las creencias de los pueblos para que estas sirvan a sus intereses, sea por el fanatismo o la superstición, instaurando un nuevo tipo de esclavitud. El uso y abuso de los signos religiosos, las falsas referencias a Dios para ganarse la popularidad de las masas, han sido mecanismos utilizados ampliamente por diversos fundamentalismos religiosos.

Recomienda Varela a Elpidio, a todos los elpidios cubanos, el estudio de las ciencias, sin descuidar el de la religión, el cultivo de la espiritualidad a través de las artes, la tolerancia y el respeto. No pide que acorraleemos al incrédulo, sino que vivamos junto a él, brindándole con nuestra conducta las mejores razones para conocer a Dios. En las páginas de sus cartas encontramos fuertes críticas al falso testimonio, a la vana proclamación de la palabra de Dios y al actuar incorrecto y falso de quienes deberán ser testimonio vivo. No es lo que ocurre cuando se vive la fe de manera individualista, sea por miedo o por acomodamiento. Cuando a los niños se les impide portar objetos religiosos, tales como el crucifijo, porque este no forma parte del uniforme escolar. Cuando la Biblia se declara ausente de las bibliotecas o las mismas *Cartas a Elpidio* no se contemplan como textos de estudio en los programas escolares.

Es bueno que nuestros jóvenes conozcan la frase en toda su dimensión y busquen el lugar donde fue concebida por el prócer cubano, porque para ellos también están destinadas las cartas al imaginario Elpidio. Puede que algunos crean que son temas pasados de moda y que nuestra época, la de la conquista espacial, la clonación y tanta ciencia, no es adecuada para hablar de religión. Es un error seguir condenando a la ética religiosa que propone respeto al hombre y a su dignidad. Una lectura correcta y aterrizada en nuestro tiempo, hará posible la recuperación del pensamiento de Félix Varela y su aplicación en nuestra realidad. Las *Cartas a Elpidio* no deberían seguir durmiendo en la oscuridad del olvido, ni tampoco ser recortadas aquellas partes que parecen no aplicables o no importantes para un mundo que es indiferente a la palabra y al ser de Dios. Ω